

UNA MIRADA SOBRE LOS ADOLESCENTES Y LA TERAPIA DE ADOLESCENTES DESDE EL CONTEXTO NEOLIBERAL.

AUTOR: Dr. Psic. Alejandro Klein ¹

RESUMEN: Creo que se puede indicar la hipótesis de una significativa “regresión” de los derechos de ciudadanía en general y de los jóvenes en particular a nivel latinoamericano, incentivando situaciones de desamparo pronunciado, en las cuales el joven siente, y se le confirma, que no posee ya derechos incuestionables.

La cotidianeidad del joven pasa a constituirse en términos de “supervivencia” enfrentados a escasas o nulas oportunidades de educación y/o trabajo. Desvalidos social y familiarmente, los adolescentes terminan por estar también desvalidos psíquicamente no pudiendo experimentar lo adolescente en sus vidas.

Ser adolescente se transforma así en un problema y una situación de urgencia, por la cual no se sabe muy bien *qué hacer* ante el mismo.

Me parece importante señalar entonces un cambio substancial operado desde el neoliberalismo en lo que respecta al trabajo con adolescentes y especialmente al trabajo en grupo. Mientras que en general los grupos adolescentes traían -en tiempos de modernidad- una experiencia conceptualizada dentro de los parámetros del psicoanálisis clásico, en tiempos de neoliberalismo surgen nuevos requerimientos al grupo. Uno de ellos es que el mismo facilite condiciones de lazo social, generando marcas de la presencia de sus integrantes.

Y tal vez “marca” en el grupo sea aún insuficiente, teniendo que añadir una dimensión más “espesa” y sólida, si tenemos en cuenta la dimensión de lo anulado social que estos jóvenes portan. Quizás esa es la primera operativa grupal: transmitir la absoluta seguridad de lo fundamental de su presencia en el grupo, ayudarlos a sentirse integrados al mismo, “quebrando” ese instituido social por el cual se transforman en expulsados. Esta especial configuración de grupo es lo que llamo *grupo cónclave fortificado*.

No obstante, rescato una idea kaëseana fundamental: el grupo como exigencia de trabajo psíquico, expresada en una múltiple actividad re-enigmatizante, y en la cultura dialógica. En éste, más que trabajar sobre patología y síntomas, se trabaja más, mucho más, desde subjetividad y construcción de subjetividad, en un marco que es la más de las veces, francamente resilente (Zuckerfeld).

¹ Doctor en Servicio Social por la Universidad Federal do Rio de Janeiro. Psicólogo-Psicodramatista-Psicoanalista de Grupo. Investigador del Grupo de Pesquisa “Transversões” de la UFRJ. Docente e Investigador de la Facultad de Psicología. Psicoterapeuta del Área de Adolescencia. Clínica Psiquiátrica. Psicólogo de la Prefeitura de Montevideo. Socio Activo de AUPCV. alejandroklein@hotmail.com

UNA MIRADA SOBRE LOS ADOLESCENTES Y LA TERAPIA DE ADOLESCENTES DESDE EL CONTEXTO NEOLIBERAL

Creo que se puede indicar la hipótesis de una significativa “regresión” de los derechos de ciudadanía en general y de los jóvenes en particular a nivel latinoamericano, incentivando situaciones de desamparo pronunciado, en las cuales el joven siente, y se le confirma, que no posee ya derechos incuestionables (Vasconcelos & Morgado, 2005).

Como señala Puget (1991) es una situación en que la comunidad niega su fundamento, provocando la violencia generalizada entre sus sujetos y contra sus sujetos. De esta manera el contrato narcisista social (Aulagnier, 1975) se resiente afectando la continuidad, la permanencia y el cambio. Los lugares ofrecidos por el colectivo se resienten y escasean generándose una política de muerte y expiación.

La cotidianeidad del joven pasa a constituirse en términos de “supervivencia” enfrentados a escasas o nulas oportunidades de educación y/o trabajo. Esto se acompaña en las figuras familiares de un agotamiento en la capacidad de tolerancia, que denomino “*estructura de padres agobiados*” (Klein, 2006). Desvalidos social y familiarmente, terminan por estar también desvalidos psíquicamente no pudiendo experimentar lo adolescente en sus vidas.

Es el punto en que lo adolescente manifiesta el fracaso en sus procesos de contención, transformación y elaboración, lo que enfrenta al joven a situaciones de dependencia y estructuras de cuidado del otro que vuelven imposible o muy difícil cursar adolescencia bajo los parámetros del júbilo, el crecimiento y la confrontación generacional.

El mundo mental pasa, de ser un marco propicio, a expresar situaciones de incomodidad y malestar. Este pasaje del “silencio” al “ruido” es el punto en que el psiquismo (al igual que lo social y lo familiar) pierde propiedades homeostáticas para pasar a predominar situaciones de hiper-adaptación.

Es también la pérdida de la anticipatorio como una operación que articula el futuro de la historia personal y el porvenir de la promesa social. Así como la mente ya no funciona como continente del mundo interno, la sociedad ya no protege aquello que debería cuidar.

La capacidad de crecimiento (que involucra el tiempo) se pierde y la cuestión pasa a ser el consumo o no consumo, eliminándose la capacidad de resguardo “suficientemente bueno”. El conjunto termina por buscar un chivo expiatorio debido a su imposibilidad de concebir duelos que habiliten desprendimientos, que aunque dolorosos, permitirían un trabajo de elaboración imprescindible.

Pasan entonces a predominar sentimientos de revancha, de odio, de competencia donde el otro ya no es un “vecino” sino un potencial “extraño”. El adolescente recibe el “impacto” de estas configuraciones y pasa a representar la figura del extraño por antonomasia. Si antes fue la expresión de una sexualidad perturbante, hoy es cómplice de la “pasta base” y de la delincuencia.

Pero no es ni una cosa ni la otra, sino la constatación del óptimo funcionamiento del fenómeno de la exclusión inaugurado por el neoliberalismo: sale de la sociedad para ya no poder volver a “entrar”. Despojado del mundo del trabajo y del de los estudios, parece que se lo hace parte de una disyuntiva horrenda: “O él (el adolescente) o nosotros (la sociedad)”, expresando el clímax de lo que denomino *sociedad escasa* (Klein, 2006).

En la modernidad keynesiana el adolescente se apropia de un espacio llamado adolescencia, o mejor dicho, no hay necesidad de distinguir entre ambos, debido a que los procesos de construcción de subjetividad y el sostén de espacios sociales, funcionaban armónicamente como procesos de entrada y salida. De esta manera la adolescencia podía ser la salida de la infancia y la entrada a la adultez, así como la adultez funcionaba como salida de la adolescencia y entrada a la vejez (Klein, 2002).

Los espacios sociales etarios se correlacionan entre sí, situación que reflejaba la integración entre la sociedad y sus integrantes. Adultez, infancia, adolescencia eran espacios sociales y etarios donde distintos procesos subjetivos, familiares y vinculares se integraban, se resignificaban entre sí y donde se obtenía un meta-sentido: la vida tiene un destino, la sociedad mantiene una promesa y entre vida y sociedad se apuntala el porvenir.

De esta manera sugiero que para que el adolescente libidinice un espacio llamado adolescencia, el mismo tiene que estar previamente libidinizado socialmente. Dicho de otra manera para que el joven practique política de tanteo, tiene que pactarse socialmente una política y un borde social de tanteo.

Esta “dinámica” social consensuada y preestablecida, expresa una idea directa de ciudadanía y consolida simultáneamente el principio de reciprocidad, que aunque siempre asimétrico establece reglas para el recibir y el otorgar. Situación magistralmente descrita, mejor que en ninguna teoría política, en el concepto de moratoria psico-social del danés-norteamericano Erikson (Maier, 1980).

En tiempos de neoliberalismo las cosas cambian profundamente. El mercado no necesita ni de destino, ni de promesa, ni de porvenir, sino de flujo libre de capitales, globalización de información adecuada y *controlada*, y ganancia *descontrolada* de capital financiero. Se generan condiciones para desapuntalar espacios sociales de porvenir y futuro, por lo que se pasa de lo adolescente consolidado, a la pregunta sobre cómo se puede ser adolescente.

Mientras que el adolescente de la modernidad keynesiana recorría el mundo sostenido por un piso sólido bajo sus pies, el joven del neoliberalismo (particularmente el de las clases populares y de clase media y media-baja) se desplaza en *puntitas de pie*. En el primer caso, recibiendo el “impacto” beneficiosos de adueñarse de un lugar social que lo reconoce, en el segundo, ideando estrategias de supervivencia dentro de una subjetividad desconcertada por ya no entender bien cuáles son las reglas de juego que le atañen. Las mismas remiten tanto a la indiferencia como a la amenaza inminente².

En tiempos de neoliberalismo todo aquello seguro y predecible se vuelve inestable e

inseguro, destruyendo una estructura básica de amparo que es imprescindible para generar condiciones de seguridad ontológica, diálogo con el otro e instauración de la figura del vecino en el ágora pública.

La reunión familiar, otrora matriz de intercambio y de constitución de subjetividad, pierde significación específica y pasa a ser un simple eco de angustias y desesperaciones referidas al trabajo, el desempleo, las condiciones económicas paupérrimas. Ya no se habla de temas familiares sino que no se deja de mencionar a lo social. La familia pierde capacidad de poner borde al mismo, el que invade permanentemente y frente al cual no hay capacidad de transformación, augurando una subjetividad construida en torno a lo transubjetivo y la persistencia transgeneracional.

Aquellos temas de otrora referidos al devenir estable, el cambio posible y el mañana esperanzador, eran también la “agenda” misma, el “menú” de la modernidad keynesiana, substituidos ahora por lo catastrófico del presente. Ya no hay menú ni “plato fijo”, revelando que el nivel de lo traumático encripta las condiciones de homeostasis familiar.

Es por eso que entiendo que más que identificarse al adulto, los adolescentes lo hacían al espacio adulto, que era proyectado, consolidado y siempre enriquecido por los adultos. El padre, la madre, los abuelos o tíos, revelan, comparten y transmiten insignias de adultez con sus hijos, nietos o sobrinos, los que identificados a tal espacio reaseguran y devuelven el orgullo y la seguridad de ser adultos.

Cuando estas insignias se hacen inubicables, están desvalorizadas o son inexistentes, la adultez pasa de ser el centro del escenario social y etario, a convertirse en la prueba más palpable y nítida de lo agobiante y absurdo que es vivir en sociedad.

La presencia de lo social se mantiene por re-identificación con el yo ideal, estructura mental y social que se desenvuelve según condiciones de rigidez, sentencia inapelable e indiscriminación empobrecedora. Estas condiciones parecen ser la única solución ante una situación de violencia e inseguridad (vivencia de catástrofe inminente) a la que se anhela reaccionar con políticas de fuerza y brutalidad expeditiva

Se podría decir que en las clases privilegiadas la situación de los adolescentes no se ha modificado, pero mantengo mis reservas al respecto. Situaciones como la de los enclaves fortificados y lo que llamo guettización urbana, revelan intentos vanos de constitución de microsociedades, que no hacen sino facilitar el incremento de conductas adictivas y paranoicas, elevadas tasas de transgresión y subjetividades de tipo psicopático, que más que asegurar continuidades, marcan e inauguran decisivas discontinuidades que deben ser objeto de una investigación específica.

Creo que es importante señalar cómo la problemática neoliberal de la exclusión ininterrumpida, se puede relacionar a la generalizada sensación por la cual parece que no

2 En la hermosa película brasileña “Estación central” la acción comienza con una escena donde un adolescente luego de robar, escapa corriendo. Una vez que es atrapado y a pesar de su: “no me mate”, el policía lo asesina a quemarropa. Ejemplo terrible de una amenaza de muerte concretizada.

todos tienen lugar en la sociedad. Se impone así un imaginario que denomino sociedad escasa, por el cual para que pocos estén incluidos muchos deben mantenerse excluidos. Ser adolescente se transforma así en un problema y una situación de urgencia, por la cual no se sabe muy bien *qué hacer* ante el mismo. Es la culminación de la sociedad neoliberalizada, donde no hay a quién acudir ni quejarse, no hay a quién discutir ni hay a quién pedirle cuentas. Las cosas son como son, exacerbadamente anonimizadas y recurrentemente trágicas. Cuadro de descuidadización extrema unido al sufrimiento inconfesable de ser adolescente, sinónimo ahora de desamparo pronunciado.

Se van afirmando irremediabilmente situaciones que denomino social y familiarmente regresivas, por lo que se pierde la oportunidad de que la adolescencia sea una escena anhelada, productora de una actividad epistemofílica (Klein, 2003) inaugurando un proyecto de cambio y de vida.

En definitiva la adolescencia como aquél *espacio-tiempo-marca* privilegiado sucumbe, con lo que se desmembran experiencias sociales, familiares y subjetivas, que se mantenían integradas y resignificadas desde aquélla. Este “puzzle sin un modelo para armar” (Klein, 2004), erradica necesariamente entonces el conflicto como instancia de mediación y formación de compromiso. Por el contrario aquél puzzle “con modelo para armar”, implicaba la posibilidad de tomar al conflicto como oportunidad de crecimiento, funcionando el aparato psíquico como continente del conflicto. Este modelo de aparato psíquico es probablemente adecuado a la modernidad keynesiana, donde subjetividad y psiquismo se corresponden y correlacionan de forma trófica.

Pero en tiempos de neoliberalismo el aparato psíquico está en realidad *empobrecido*. Una expresión de su empobrecimiento es que se substituyen estructuras que se basan en el conflicto, por otras que se basan en el consenso o la sentencia. Así se constata una actividad sobresaliente del yo ideal junto a un super-yo de tipo sádico (Klein, 1997^a). Estos elementos confluyen en fragilizar el tránsito por la vida, con lo que en el proceso de crecimiento pasan a predominar vivencias atormentantes e inquietantes.

Hay que tener en cuenta que el neoliberalismo inaugura una experiencia social sin antecedentes. El lazo social se angosta y excluye: no todos forman parte de él, o mejor dicho, sólo una minoría tiene derecho a él. *Lo adolescente queda relegado a ser sumatoria de situaciones y ya no estrictamente período etario.*

Me parece importante señalar entonces un cambio substancial operado desde el neoliberalismo en lo que respecta al trabajo con adolescentes y especialmente al trabajo en grupo. Mientras que en general los grupos adolescentes traían -en tiempos de modernidad- una experiencia conceptualizada dentro de los parámetros del psicoanálisis clásico, en tiempos de neoliberalismo surgen nuevos requerimientos al grupo. Uno de ellos es que el mismo facilite condiciones de lazo social, generando marcas de la presencia de sus integrantes.

Y tal vez “marca” en el grupo sea aún insuficiente, teniendo que añadir una dimensión más “espesa” y sólida, si tenemos en cuenta la dimensión de lo anulado social que estos jóvenes portan. Quizás esa es la primera operativa grupal: transmitir la absoluta

seguridad de lo fundamental de su presencia en el grupo, ayudarlos a sentirse integrados al mismo, “quebrando” ese instituido social por el cual se transforman en expulsados. Esta especial configuración de grupo es lo que llamo *grupo cónclave fortificado*. (Klein, 2006).

No obstante, rescato una idea kaëseana (Kaës, 1993) fundamental: el grupo como exigencia de trabajo psíquico, expresada en una múltiple actividad re-enigmatizante, y en la cultura dialógica. En éste, más que trabajar sobre patología y síntomas, se trabaja más, mucho más, desde subjetividad y construcción de subjetividad, en un marco que es la más de las veces, francamente resiliente (Zukerfeld, 2003).

Hay que tener en cuenta que el neoliberalismo inaugura una experiencia social sin antecedentes. El lazo social se angosta y excluye: no todos forman parte de él, o mejor dicho, sólo una minoría tiene derecho a él. *Lo adolescente queda relegado a ser sumatoria de situaciones y ya no estrictamente período etario*.

BIBLIOGRAFÍA:

AULAGNIER, P. *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Argentina, Amorrortu, 1975.

DARIO Y MAXI- *Dignidad piquetera- MOVIMIENTO DE TRABAJADORES DESOCUPADOS*, Argentina, Ediciones 26 de junio Anibal Verón, 2003.

KAËS, R. *El grupo y el sujeto del grupo. Elementos para una teoría Psicoanalítica del Grupo*. Argentina, Amorrortu, 1993.

KLEIN, A. *et al. Hacia una metapsicología de lo comunitario. Estrategias con grupos adolescentes*. Uruguay, Roca Viva, 1997a.

KLEIN, A. *et al. De la paradoja al grupo: el adolescente a nivel hospitalario y comunitario*. Uruguay, Roca Viva, 1997b.

KLEIN, A. *Imágenes del adolescente desde el psicoanálisis y el imaginario social. Condiciones de surgimiento de la adolescencia desde la modernidad y el disciplinamiento adolescentizante desde la pos-modernidad*. Uruguay, Psicolibros, 2002.

KLEIN, A. *Escritos psicoanalíticos sobre Psicoterapia, Adolescencia y Grupo*. Uruguay, Psicolibro-Waslala, 2003.

KLEIN, A. *Adolescencia, un puzzle sin modelo para armar*. Uruguay, Psicolibro-Waslala, 2004.

KLEIN, A. *Adolescentes sin Adolescencia- Reflexiones en torno a la construcción de subjetividad adolescente bajo el contexto neoliberal-* Psicolibros Universitario, Uruguay, 2006.

LEWKOWICZ, I. *Pensar sin estado. La subjetividad en la era de la fluidez*. Argentina, Paidós, 2004.

MAIER, H. *Tres teorías sobre el desarrollo del niño*. Argentina, Amorrortu, 1980.

PUGET, J. & KAES, R. *Violencia de estado y psicoanálisis*. Argentina, Centro Editor de América Latina, 1991.

VASCONCELOS, E. & MORGADO, R. *Subsidios analíticos e metodológicos para a atuação no Sistema Único de Assistência Social (SUAS), e do Programa de Atendimento Integral à Família*. Brasil, (PAIF/SAS/RJ), 2005.

ZUKERFELD, R. *Procesos terciarios, creación, resiliencia y prácticas sociales Transformadoras*. Publicado en la Revista Aperturas de Psicoanálisis N° 14, www.aperturas.org/14zuckerfeldautorizado.html, 2003